costa de otras naciones, para vivir mejor, para poseer más en la parte alícuota de soberanía y prosperidad pública que á cada cual le corresponda. Cuanto más democrático es un país; cuanto más influye el ciudadano en el Gobierno y más garantías tiene de ser libre y no ser molestado, más patriota se hace; pero suele ser por esto mismo, porque el egoísmo nacional de esta situación exige menos del individuo y le da más. El *civis romanus* defiende en Roma sus derechos políticos y privados, y casi siempre aplica el *egoísmo nacional* á los bárbaros, á los extraños, sacrificándolos efectivamente á la patria. El inglés defiende sus derechos *at home*, como cosa sagrada, y el Estado nacional se guardará muy bien de atacarle en este punto; donde el inglés muestra su gran deseo de engrandecer á su patria á toda costa, es al engrandecerla en otras islas y en los continentes. Pero, aun suponiendo el egoísmo nacional en lo que tiene de más noble, en la parte que exige sacrificio individual al interés común del país, como, v. gr., en ciertos esfuerzos de la educación, que pueden ser penosos, que exigen trabajo, constancia y hasta sacrificios de la sensibilidad; aun aquí, si por un lado debemos alabar lo que hay de sacrificio, por otro tenemos que encontrar deficiente un criterio moral limitado que se detiene antes de llegar al motivo

puro, y que puede verse en oposición con la ley racional, con las exigencias de la naturaleza más nobles y armónicas. Así, por ejemplo, cuando los espartanos se criaban exclusivamente como ciudadanos militares de un pueblo que quería vencer á otros, subsistir como tal, olvidaban muchos sagrados aspectos de la vida, y la Historia se encargó de dar la razón á sus rivales los atenienses. Sí; á la larga, son más grandes y más gloriosos los pueblos que tienen un ideal desinteresado, *humano*, que los que alcanzan por unos pocos siglos, nunca muchos, una hegemonía material, á costa de supeditarlo todo á ese egoísmo de nación que entusiasma á tantos. El pueblo de Israel, sólo por llamarse así, trajo al mundo una misión tan alta, que no cabe otra superior. Del templo de Jehovah no quedó piedra sobre piedra, pero la pasión religiosa de Israel dió la ley al mundo civilizado; y el porvenir ideal es suyo, en cuanto es de sus herederos. Atenas vivió un soplo en la Historia, y el espíritu ateniense es todavía la flor del espíritu humano, y hoy las almas más escogidas, á lo más que aspiran, es á comprender y sentir en toda su pureza el *helenismo* (1). Francia, cuyo patriotismo exaltado no sabe ser egoista, estuvo á punto de perecer por la locura de su gran re-

(1) Véase Egger.—*La Littérature grecque.—L'hellénisme.*—1890.

volución de aspiraciones universales, de tendencia cosmopolita. Roma é Inglaterra no se comprometen por idealidades. Son más fuertes, pero tienen menos razón. No: no se puede decir primero la patria, después la humanidad, lo último el individuo; en esto no hay orden: si se ha de ser lógico, para que la patria vaya antes que la humanidad, hay que empezar de otra manera: primero yo, después la patria, después lo que queda. Y, en rigor, así hacen ordinariamente los que se crian para *utilitarios nacionales*. Sólo diciendo: primero la idea, Dios, después la humanidad, después la patria, yo lo último, hay autoridad racional para sujetar al egoísmo natural, verdadero, al más terrible, al más cierto, al de la bestia ángel de Pascal. Porque, señores, es muy fácil predicar el odio ó el desprecio, que es peor, de la idealidad; decir, como dice M. Frary, que hoy por hoy no se puede fundar el motivo de la moralidad más que en el hábito, y después proclamar el utilitarismo como regla de conducta, pero advirtiendo que se trata, no de nuestra utilidad personalmente, sino de la utilidad de un grupo étnico, ó de una aglomeración histórica de *gentes* ó de *tribus*. Lo difícil es que la realidad después responda á lo que se exige de los hombres á quien se manda sacrificarse á la nación, no por nada, sino por *hábito*, y esto contradiciendo y ven-

ciendo los instintos propiamente egoístas, que también tienen su valor hereditario. No negaré que sea imprudente la conducta de aquella clase de metafísicos que niegan que la moral pueda ser pura y constante en los hombres que no ven nada por encima de lo relativo; pero es, sin duda, más peligrosa la afirmación rotunda de M. Frary, que, hoy por hoy, no encuentra más fundamento para la moralidad que la fuerza del hábito. El egoísmo también puede presentar un remotísimo abolengo, y si al individuo se le pide que se sacrifique á su pueblo, no por nada, sino por seguir la costumbre, por obedecer á tendencias naturales, cuya razón no puede explicarse, es muy probable que el egoísmo arguya defendiendo su propio arraigo en la triste humanidad, en quien, sin duda, por cada arranque de abnegación se puede registrar mil y más de egoísmo. Mas quiero yo suponer al hombre utilitario completamente abnegado, dispuesto á sacrificarse, sin saber por qué, á su ciudad, es decir, hoy, á su nación, y si se quiere á la humanidad toda, pero siempre con fin utilitario. El bien para el utilitarismo es necesariamente un provecho, una ventaja, un vivir mejor, en el sentido de experimentar más satisfacciones, de cumplir más deseos legítimos; mientras no se admita criterio superior para la conducta que el originado de ese empirismo ético, no cabe pen-

sar que el individuo vea el bien de sus semejantes en cosa diferente de lo que sería bien para él mismo; de otro modo, que los bienes que el individuo ha de procurar á la sociedad sacrificándose, son como los que satisfarían su egoísmo si él pudiera dar á éste lo que le pide. Los seres que han de gozar del fruto de ese sacrificio son como el que se sacrifica, tienen las mismas necesidades y aspiraciones; porque sería absurdo pensar que la persona colectiva, aun dándole todos los caracteres personales que se quiera, goza como tal persona colectiva, satisface deseos que no tienen los individuos que la constituyen. No: la persona social, así considerada, es un mito, un ídolo renovado. Luego nuestro utilitario altruísta tiene que pensar, si no hay más que utilitarismo, en el bien positivo de los demás individuos, que son los que pueden saborear esta clase de bienes. Pues bien; la dicha de los demás, que son como él, no puede consistir en un constante trabajo para adquirir ventajas materiales... para la colectividad... que no puede, como tal, satisfacer necesidades de las que el utilitarismo satisface. El hombre que reflexiona y siente, sea utilitario ó no, tendrá que ver por sí mismo lo que son los demás, y verá que no se trae dicha al mundo por acumular productos y formas sociales que no colman os anhelos del individuo, sino que procuran

ciertas ventajas pasajeras que son para todos, pero que nadie aprecia en mucho, porque no responden á lo que pide principalmente la naturaleza de cada uno. Sabe, el que debe sacrificarse, que ha de morir, y que para él la vida con la idea de la muerte toma perspectivas ideales, que le aislan del mundo, como la niebla forma un círculo de confusión y sombra en torno de cada cual. El mismo progreso general, los adelantos materiales y las formas sociales que los facilitan, tienen, para todo el que no es un necio, un valor relativo, transitorio, por lo que á él propio toca. Se goza de todo, es verdad, y no son los idealistas muchas veces los que menos gozan, como vimos ya en Salomón, pero no se ve en este orden de dicha lo que más importa; y así, hasta las sociedades más sensuales, no siendo miserables é incultas, refinan sus placeres con ciertos condimentos de idealidad, como lo prueba el género de voluptuosidades que gozan las clases más elevadas en los grandes emporios de corrupción y cultura. Pues lo que le sucede al altruísta que nos estamos figurando, sabe él que les sucede á los demás; todos han de morir, todos, como individuos, ven un *gran negocio singular* que á ellos directa, y, por lo pronto, exclusivamente importa; todos los adelantos de la industria, todos los placeres que pueda procurar el comercio, toda

la dicha que cabe apurar en la deliciosa copa... de una buena forma de Gobierno, pongamos por ejemplo, le interesan al individuo, como ser *uno*, *substractum* específico del egoísmo social, mucho menos que el asunto de su propio destino, de su muerte. Y generación va y generación viene, y siempre pasa lo mismo. ¿Quién queda para gozar de veras, sin las congojas de lo deleznable, esa dicha social, nacional, ó como se quiera, que se va formando á costa de los sacrificios de idealidad y de *esteticismo* á que estamos obligados todos por amor á la patria? ¿Quién queda para disfrutar de ferrocarriles, globos, libertad de comercio, crédito moviliario, sufragio verdad y tantas y tantas venturas utilitarias, sin aprensión, sin dudas, sin idealismos, sin sueños de muerte? No queda nadie, no queda nada. ¡Y por este resultado hemos de sacrificarnos! El utilitarismo es, en definitiva, el goce; pero el utilitarismo social, ó aunque fuera cosmopolita, es el goce que exige el sacrificio del individuo para que, en definitiva también, no goce nadie. Sin duda que la persona social es algo más que una suma de sus componentes; pero no hay nada en ella que no sea de la sustancia de los elementos simples que la componen. Así lo ha entendido el cristianismo, que siendo ante todo una gran preocupación individualista, la salvación del alma, ha formado la sociedad más fuerte, como tal, que ha existido en el mundo. La ciudad antigua, que sacrificaba el hombre al pueblo, ha desaparecido; y el cristianismo, que emancipa al hombre, ha llegado á ser un tejido social, cuya resistencia sin semejante es innegable. El utilitarismo, para lograr la dicha material, tangible, por decirlo así, de un ente de razón, en lo que se refiere á *gozar*, mutila al hombre, le roba lo mejor de su herencia, desconoce su naturaleza. Si queréis tener buenos ciudadanos, no volváis á la idea pagana del ciudadano fraccionario; no hagáis del altruísmo una hipocresía, y educad al que ha de servir á la patria, no como un soldado, ni como un industrial, sino, ante todo, como un hombre. Y si amáis la democracia verdadera, no olvidéis que todos los hombres merecen que se les tome por hombres del todo; porque no hay unos que sean cuerpo y otros alma; todos tienen esto que llamamos espíritu; todos tienen facultades que responden á necesidades nobles; y si hay que reconocer que á un Dante, á un Leopardi, á un San Francisco de Asís, á un Beethoven, á un Goethe no se les podría hacer felices sólo con mucha agricultura, mucho comercio y buena administración, debemos ver en cada semejante un espíritu capaz de encaminarse por los mismos senderos de perfección, que elevarían sus gustos, que ennoblecerían

sus anhelos. No seré yo quien diga que se enseñe griego á los capataces de minas, v. gr.; pero sí afirmo que si pudiera llegar á existir una sociedad tan rica, tan adelantada, en que los capataces de minas y todos los hombres de su clase tuvieran tiempo y cultura suficientes para leer con fruto la *Iliada* y la *Odisea* en el original, nada se habría perdido, y no sería contrario al destino racional de esos hombres que emplearan sus ocios en tal género de recreo.

No lo dudemos: el individuo no vive de utilitarismo; el individuo cree, ó padece dudando, ó se desespera y niega, ó niega sin dolor, por enfermedad del espíritu, ó por esfuerzo moral que puede tener su misteriosa grandeza, su idealidad, *negativa*, pero no menos idealidad. Hay que insistir en esto: todos los adelantos modernos; todas las doctrinas sensualistas y positivistas; toda la preponderancia económica, no han hecho del hombre un sér diferente de lo que era: un sér con espíritu racional para quien, satisfechas ciertas elementales necesidades económicas, lo principal es vivir para el alma, de una ó de otra manera. La sociedad no muere, pero su organización está influída en mil respectos por la idea de la muerte. Bien se conoce en todo que es una sociedad de mortales. Y sin embargo, á lo que parece que tiende el utilitarismo es á engañar al mísero mortal haciéndole trabajar en una clase de actividad de fines colectivos, si no superiores, extraños á la muerte. Pero ¿quién se deja engañar? Cada cual, pensando en la muerte, da cierto sentido trascendental á la vida. La idea de la muerte, decía yo antes, nos aisla del mundo; sí, del mundo que vemos y tocamos, del que nos rodea, pero nos abre otros horizontes ideales, nos hace dar un valor sustantivo, como simbólico de toda la realidad virtual que no vivimos, á la vida breve de que tenemos conciencia; más ó menos, todos venimos á considerar la existencia *sub specie æternitatis* podría decirse; el creyente no hay que decir por qué; el que no cree en otra vida, porque necesita concentrar en ésta toda la capacidad poética y soñadora, toda la idealidad que su alma alimenta, no se olvide, ni más ni menos que el alma del creyente. Por la muerte la vida es artística, es dramática, es toda una obra de *composición*, á veces complicada sabiamente, como en Goethe. Por la idea de muerte adquieren valor infinitas cosas que no son para alargar la vida. El desinterés, que suaviza el dolor de morir, de la idea de muerte se alimenta. Y ese desinterés, referido á su fundamento, es la idealidad, y esa idealidad, en relación á la belleza es el arte, y en relación al sentimiento de unidad fundamental es la religión, y en relación á la verdad es la ciencia pura, ó por lo menos

la investigación racional desinteresada. ¿Queréis ahora que la sociedad viva conforme á su propio bien? Buscad el cumplimiento del fin racional de sus elementos *humanos;* haced que la sociedad viva principalmente atenta á esa idealidad que hemos visto que para el hombre es lo más interesante y lo más desinteresado. Y como la educación del pensamiento, la enseñanza, es uno de los fines sociales, concluyamos legítimamente que, en el sentido explicado, la instrucción debe inspirarse, en general, no en el utilitarismo, sea individual ó colectivo, sino en la naturaleza humana, según es, para este respecto, el de conocer la verdad; á saber, desinteresada.

Nada menos que todo lo dicho, y acaso más, se necesita, en mi opinión, para llegar, con sólidos fundamentos, á estudiar cualquiera de las múltiples cuestiones que el empirismo moderno gusta de tratar desordenadamente y por ocasión extraña á todo sistema, lo mismo en materias pedagógicas que en otras muchas. Es claro que el criterio señalado ha de influir en la solución de los muchos y graves problemas que abarca esa ciencia pedagógica que hoy sólo fragmentariamente existe; pero yo, en el angustioso término en que debo acabar mi discurso, sólo puedo ya referirme, con suma brevedad, á dos de esos asuntos que la pedagogía inspirada en

la idea pura del saber tiene que mirar y tratar de modo muy diferente del que aconseja el utilitarismo. De todos los problemas pedagógicos de la actualidad, son acaso los más interesantes, los que más preocupan la opinión y los de más trascendencia, en cuanto depende de la indicada diversidad de criterio, el problema de la enseñanza clásica y el problema de la enseñanza religiosa, de la enseñanza religiosa como fundamento racional y *estético* (en el rigoroso sentido de la palabra) de la moralidad de la educación intelectual. Estas dos cuestiones, diferentes por su objeto, nos ofrecen la unidad de relación á la materia que he tratado en general hasta ahora. El mantenimiento y reforma necesaria de la enseñanza clásica responde al criterio pedagógico no utilitario, de idealidad histórica; como la destrucción, que así puede llamarse, de las disciplinas griega y latina, que piden muchos, responde á una lógica consecuencia del utilitarismo en la enseñanza. Y en cuanto á la enseñanza influída por el elemento religioso-ético, directa y orgánicamente, no en abstracta separación, que mutila el espíritu, y seca la fe, y enfría la ciencia, y la reduce á fórmulas abstractas, responde al criterio pedagógico no utilitario de idealidad filosófica y estética, á la idealidad metafísica y de conducta futura, de finalidad y actividad eficaz y fecunda; mientras que

la separación de la enseñanza y de la religión es también, en el *laicismo* utilitario, una consecuencia lógica del criterio general que el utilitarismo aplica á la educación intelectual de los pueblos.

Yo quisiera, señores, aun con lo poquísimo que sé, tener espacio para escribir sendos libros acerca de uno y otro asunto; pero aquí no puedo ni siquiera consagrar á cada uno de ellos las páginas que exigirían las buenas proporciones de mi trabajo. Sin embargo, para la brevedad que en adelante necesito podrá servirme el haberme detenido á considerar en general mi asunto; como sirve, por ejemplo, en un tratado de derecho civil, para abreviar razones en la parte especial, el haberse extendido oportunamente en la investigación de los elementos jurídicos generales.

IV

La flor del clasicismo es, sin duda, el helenismo, pues la obra y el espíritu de los romanos, por lo que á *humanidades* se refiere, no es sino un remedo más ó menos fiel de la obra y del espíritu griegos. Hasta en el derecho, cuando éste va siendo menos original y más *humano*, influye, en lo esencial, el espíritu griego; y si para el arqueólogo jurídico importa hoy más el derecho de piedra, el derecho estricto de las *XII Tablas,* que el derecho que preparó la última trasformación, la justiniana; para la vida social, para la universalización del derecho romano, importa más la última etapa de aquella gran vocación jurídica, la reflexiva, la influida en parte por el pensamiento griego. Sí; en todo lo que toca á *humanidades* el helenismo es la flor del clasicismo. ¿Y qué es el helenismo? Mejor se siente que se dice. Si yo fuera pintor, pretendería figurarlo en un cuadro que repro-